

Temas:

¿Por qué se considera que esta crisis es irresoluble? ¿Cuáles son sus nudos críticos?

¿Qué lugar ocupa el desarrollo tecnológico –signo del progreso– en esta discusión?

Hay que basar el concepto de progreso en la idea de catástrofe. “Qué esto siga sucediendo” es la catástrofe misma. Ella no es lo inmanente en cada caso sino lo que en cada caso está ya dado. Así Strindberg –En después de Damasco–: el infierno no es nada que nos sea inminente, sino esta vida aquí.

Walter Benjamin, *El libro de los pasajes*

1. Contradicciones

El capitalismo es una totalidad social que chorreando sangre y lodo se ha impuesto en el mundo, organizando la reproducción material de la vida en el planeta. Como totalidad social, no es sólo una imposición de una burguesía perversa o de una Europa maldita, la humanidad en su conjunto participa de su reproducción de formas diferenciadas: hay quienes viven para el capital, quienes viven dentro del capital y quienes intentan superarlo. No hay un afuera del capital como un momento absoluto, hay intentos por suspender sus legalidades y por detener su avance, pero son sólo ejercicios parciales, porque la superación de esta civilización material tiene que ser a partir de una nueva totalización social. Pero esto no está garantizado, lo que se anuncia en el horizonte, por el contrario, es la catástrofe.

La catástrofe es constitutiva del capitalismo mismo, no es un resultado adverso o una consecuencia no prevista dentro de su trayectoria. El capitalismo se ha desarrollado dentro de una crisis estructural, por lo que es un sistema sui géneris. A contramano de lo que dice Wallerstein (quien señala que hay tres fases dentro de todos sistema: la fase de origen, la de normalización y la de crisis estructural), habría que pensar que la normalidad del capitalismo es su crisis estructural, que se expresa en la contradicción interna de la producción de valor, que requiere del trabajo humano pero paulatinamente es sustituido por las máquinas, lo que obliga a saturar los mercados con mercancías en las que cada vez hay menos valorización porque requieren menos trabajo humano. Esta sobreproducción de mercancías abre la puerta a una contradicción externa, a la que se ha enfrentado históricamente: el límite ecológico. La acumulación infinita de ganancias topa con el límite

de reproducción de los ecosistemas, que se regeneran a una velocidad menor que la de su explotación. Pero sin esta explotación sin límites, que asegura la sobreproducción de mercancías que equilibran la ganancia perdida en el proceso productivo por la introducción de tecnología, no habría acumulación incesante.

Esta crisis estructural del capitalismo se ha paliado por mediaciones de distinto tipo, que han intentado reducir los efectos catastróficos a los que está destinada. Las mediaciones han sido de todo tipo, pasando por los procesos de imposición a sangre y exterminio, hasta las modalidades de seducción y enajenación, requiriendo para ello de instituciones estatales o paraestatales, que aseguren la reproducción del sistema; además de extender una visión de mundo que se disemina y reconfigura las distintas historias locales. Estas mediaciones han permitido controlar: 1) las técnicas productivas (subsumiéndolas formal y realmente al modo de producción capitalista), 2) las lógicas de comercio y consumo (también subsumiéndolas formal y realmente), 3) las finanzas (volviéndolas una palanca de acumulación más que de usura), 4) la percepción de la realidad (transmutada a imagen y semejanza del mundo de las mercancías).

Estas mediaciones han permitido que el sistema dirija el conjunto de las fuerzas sociales hacia un equilibrio relativo, para que ninguna de ellas se convierta en una amenaza, que sumada a las contradicciones estructurales abra el momento de desestabilización. Este control ha sido tan exitoso que hoy lo que pone en riesgo la reproducción del sistema no es ninguna fuerza social alternativa, sino los límites internos y externos de la propia acumulación incesante.

Controlar las mediaciones es parte central del ejercicio de la hegemonía, y para ello se requiere no sólo del control estrictamente económico, la política es central, así como la dimensión simbólica, que junto con las formas bélicas cierran el círculo estratégico de la hegemonía, como un esfuerzo por reducir los círculos oscilantes del equilibrio del sistema y tratar de evitar el colapso de los mecanismos de restauración. La hegemonía se da por un trabajo conjunto entre estados y grandes capitalistas, que en a finales del siglo XX y en el siglo XXI se han configurado entorno a las grandes corporaciones transnacionales. Son éstas las que en las últimas décadas han reorganizado las relaciones de poder para definir la trayectoria del capitalismo.

2. *Inveniones*

En tanto que totalidad social, el capitalismo ha inventado una realidad. En principio, a través de una serie de violencias fundantes, a través de las cuales creó, ahí donde parecía imposible, tres mercancías artificiales que son los pilares de su reproducción: la tierra, el trabajo y el dinero. Para que esta mutación se llevara a cabo fue necesaria una imposición, que a lo largo de la trayectoria del capitalismo se ha adaptado para preservar el sentido de estas grandes transformaciones.

Convertir a la tierra en mercancía modificó la relación entre los humanos y la naturaleza, ya que al tener ésta la cualidad de un objeto se separa de manera radical de la vida humana, que se vuelve exterior a todo orden natural. Esto abre las puertas no sólo para el uso indiscriminado de la naturaleza, también permite que se ésta sea reordenada, clasificada, normalizada, segmentada entre lo productivo y lo improductivo, para crearle un *telos* artificial que se sintonice con el objetivo de la acumulación sin límites. De esta forma los territorios se especializan y se vuelven un insumo más de la valorización.

Por otro lado, la creación de la fuerza de trabajo como mercancía, rompe por completo los vínculos orgánicos de las distintas actividades inscritas, hasta antes del capitalismo, en la reproducción de formas sociales concretas. No había, previo al capitalismo, la idea de un trabajo abstracto, todas las actividades estaban vinculadas con objetivos específicos. La idea del trabajo libre se sostiene por la destrucción de las actividades comunitarias en las que cada hacer tenía un sentido específico. Esto abre el camino a una existencia social desdoblada, en la que los humanos son sujetos y objetos a la vez, sujetos a la valorización y objetos de valor, en tanto mercancía fuerza de trabajo. Esta mudanza tiene varios espacios simultáneos de creación, al tiempo que cercaban las tierras en la Europa central, en América se instalaba el modelo de la plantación en el que se experimentaba con radicalidad la escisión existencial: sujeto y objeto a la vez; mientras tanto en África se creaba el mercado de esclavos más grande de la historia. Este proceso generó una corporalidad organizada en función del trabajo, modificando el sentido mismo de la vida: vivir para trabajar.

El dinero, más allá de su función de intercambio, es lo que suelda el mundo capitalista. El dinero hace viajar el fetichismo de la mercancía a lo largo y ancho de la vida social, organizando las percepciones, los sentidos de la vida, los imaginarios y la memoria misma. El dinero se convierte en un depositario del culto del capital: se vive para tenerlo y a través de él acceder al universo de las mercancías y del poder social que aparentemente representan. El dinero está en la base psíquica de la economía capitalista, aquella que cree en el progreso, en el desarrollo.

En estas tres transformaciones el sujeto es el capital, que moldea a las formas históricas concretas hasta degradarlas de historicidad, convirtiéndolas en cascarones vacíos. El capitalismo como sujeto modela las formas de la Sujetividad social. Esto no sería posible sin un universo instrumental, que además de organizar la producción material organiza las formas de entendimiento de la realidad. La técnica en no es sólo una manera de hacer cosas, es una forma de construir realidades y sus lógicas. En el capitalismo la vida es un campo susceptible de ser trabajado por la tecnología, es un insumo más en la lógica productiva. Esto ha sido clave en el despliegue de la Sujetividad capitalista.

3. *El abismo*

Las creaciones del capitalismo han llegado a un límite, que se expresa como una gran crisis civilizatoria, no sólo como una contradicción de la valorización y la ganancia. Estamos cayendo en el abismo que produjo el mismo capitalismo y del cual no se podrá salir sin superar la lógica que lo generó. Nada se puede lograr desde la misma lógica instrumental, ni desde las formas de la vida colectiva que se han construido desde el capitalismo. Pensar desde las estructuras que produjo el capitalismo para salir de él es un ejercicio de respiración artificial, arrastrando a miles de existencias (humanas y no-humanas) a su paso. Ni la tecnología, ni la ciencia, ni la razón son suficientes para darle otra dirección a la catástrofe.

El capitalismo se ha encargado de hacer pervivible la descomposición de la vida, creando mecanismos de compensación, de ilusión o de castigo; por medio de los cuales involucra a la mayor parte de la humanidad en la defensa de una forma de vida que lleva la marca del suicidio colectivo (que puede ser contemplado como un goce estético de primer orden, como ya lo anunciaba Walter Benjamin).

En el siglo XXI uno de los mecanismos compensatorios más exitosos ha sido el de extender la lógica de la corporación a todos los espacios de la vida: promoviendo el autoempleo, ser el empresario de uno mismo; motivando la creatividad y la innovación, como marcas de una época evanescente; alimentando las demandas de flexibilidad, en todos los sentidos (tiempos, espacios, compromisos); promoviendo un narcisismo generalizado, en el que el individuo es lo único que importa. Esto ha transformado las maneras de la dominación, que ya no se percibe como una fuerza negativa exterior (la del modelo de los dispositivos y la normalización); ahora el control capitalista se mira como positivo, como una decisión interna, autoconvencida. No desaparecen los mecanismos de disciplinamiento, se combinan con las formas positivas del autoejercicio de la dominación.

Por eso, la emancipación no estará en el orden del día de manera automática. El reto está en pensar más allá de la sujetidad capitalista y de su cultura material, más allá del culto por el trabajo y el dinero, más allá del estado y la democracia como forma de gobierno, más allá de la racionalidad ilustrada, más allá de la ficción de la mejoría tecnológica, más allá del capital.